

El pasado también se transforma

Los usos del pasado indígena en las estrategias de comunicación de la Cuarta Transformación

The past always transforms

The uses of the indigenous past in the communication strategies of the Fourth Transformation

María Elena Figueroa Díaz / Luis Manuel Cuevas Quintero

En este artículo se analiza el discurso político expresado en textos, acciones y representaciones culturales y materiales de la Cuarta Transformación en torno al “indígena mítico”, sujeto de la invención de lo imaginario, cuya función se encuadra en una nueva narrativa histórica que busca fundar la nación mexicana regenerada, a partir del rescate y el cuestionamiento, por un lado, del pasado prehispánico como origen del bien, que se renueva en el pueblo bueno, y por otro, el pasado de la Conquista de parte de los españoles, origen del mal y de la corrupción que se actualizan una y otra vez en actores como el blanco, burgués, corrupto y neoliberal. En la instrumentalización del discurso moral, los grupos originarios no son en realidad tomados en cuenta, salvo para ser parte de una estrategia comunicativa de cara a legitimar un nuevo orden que inventa el pasado.

Palabras clave: indígenas, españoles, discurso, poder político, Historia e imaginarios.

This investigation analyzes the political discourse, expressed in texts, actions and material cultural representations, of the Fourth Transformation around the mythical indigenous, subject of imaginary invention, whose function is framed in a new historical narrative whose purpose is to fund the regenerated Mexican nation, from the rescue and questioning of the pre-Hispanic past as the origin of the good, which is renewed in the good people, and in the Conquest by the Spaniards, the origin of evil and corruption, and that is updated over and over again in the white, the bourgeois, the corrupt, the neoliberal. The native groups are not really taken into account, except to be part of a communication strategy in order to legitimize a new order.

Key words: indigenous people, Spaniards, discourse, political power, History.

Fecha de recepción: 30 de enero de 2022

Fecha de dictamen: 1 de abril de 2022

Fecha de aprobación: 8 de julio de 2022

INTRODUCCIÓN

El discurso político de La Cuarta Transformación (4T) se presenta de forma doble: por un lado, como una era de ruptura radical con el pasado de la nación mexicana. Por otro, como un enlace de otros tiempos de la historia nacional cuyo proceso transita sucesivas liberaciones que oscilan de la ilusión a la pérdida de significación del sentido y extravío de los ideales nacionales. Es así que este tiempo presente es el corolario “evolutivo” y “transformador” de la ruptura y de la reconexión con la historia, con una forma de entender la historia e imaginarla dentro de un *pathos* y un *telos* de renovación instituyente.

En la línea del tiempo que recupera el discurso de Andrés Manuel López Obrador como presidente de la República, la transformación actual, la misión histórica, se representa a todas luces prescriptivo y valorativo, en consecuencia, propagandístico y ritual en el sentido de religar tradiciones o reinventarlas en la crisis de los proyectos nacionales (Hobsbawm y Ranger, 1992; Pross, 1980; Klaus, 1979). Su fundamento nace de una apropiación moral del pasado reconvertido en el presente y utilizado en la comunicación emotiva que el líder, el presidente, establece con las masas y sus archivos imaginarios constituidos por diversas capas historias: oficial, crítica y silenciada, esta última objeto de atención y de emergencia en el reconocimiento que el discurso propone.

Un viraje hacia los sectores desprotegidos y vulnerados sistemáticamente por las estructuras desiguales que han prevalecido a lo largo de los siglos es el movimiento que funda una nueva axiología: frente al mal, el bien; los valores de la honestidad, la austeridad, la honradez y el freno de las pasiones (López, 2019), frente a los disvalores,¹ encarnados en la corrupción, la avaricia y el robo, palabras que aparecen continuamente en los discursos presidenciales.

Se requiere, entonces, de formas y estrategias de comunicación eficaces, no muy elaboradas, pero sí muy emotivas, que interpelan a los actores plurales que están y no están dentro de los discursos historiográficos y los discursos políticos que se asocian a ellos apropiándose de su sentido o, incluso, cuestionándolo para, en el acto de demolición retórica, producir otro, un imaginario instituyente de la nueva “mexicanidad” y sus historias.

¹ Disvalor o valor negativo sería aquel que, en una escala de valor que va de lo más apreciable o estimable a lo menos, estaría en el extremo más bajo. Si el valor es sustantivación del valer, sería lo que vale menos, lo que revierte o pone en riesgo la realización de los valores. Ante lo bueno, aparece el disvalor de lo malo; ante la honestidad, la deshonestidad (Ferrater, 2001).

En este texto se analiza la instrumentalización del discurso político sobre el pasado prehispánico y el pasado colonial y sus actores como una estrategia de comunicación en la Cuarta Transformación (4T). A partir de discursos presidenciales y textos del propio López Obrador, se concluye que, actualmente, el uso del “indio mítico” es distinto de aquellos que existieron en el pasado, y que, en esta ocasión, sostiene un discurso moralizante que borra partes del pasado para instituir otro ajustado a fines. Este discurso se muestra dicotómicamente. Bajo sus oposiciones subyace una operación de propaganda política que legitima el discurso de la 4T en la apropiación de la historia, del pasado y su resignificación y reinención de la tradición en el momento presente.

Lo que está en juego es a quién pertenece el privilegio de contar la historia o quiénes las cuentan porque son muchas, y cómo en esta pluralidad propia de la perfectibilidad y las luchas por el reconocimiento, las formas de hacerlo devienen en historias encontradas y dialécticamente en choque; historias expuestas a una manipulación de su significado y su sentido, también, de sus funciones. Roberto Gamiño se pregunta al respecto:

¿Qué hechos o qué sucesos son dignos de ser escritos, contados y establecidos como una narrativa histórica? ¿Quién determina qué es y qué no es histórico? Y lo mismo podemos preguntarnos para la memoria: ¿cuáles memorias son dignas de resignificar el pasado, entender el presente y construir el futuro? ¿Cuáles memorias deben ser recordadas y cuáles no? En pocas palabras: ¿quién determina lo que como sociedad debemos recordar u olvidar? (Gamiño, 2021).

Se trata, en todos los casos, no sólo de una historia que se narra, sino que se comunica con fines claramente políticos. Del mismo modo que la política cultural fundada por José Vasconcelos obedeció a la consolidación del Estado nacional, a partir de una historia reproducida y cristalizada en la narración sobre la identidad del mexicano contada a los propios mexicanos, de ese mismo modo, esta nueva versión, que sustituye a la anterior y que busca ahora ser la oficial, como dice Gamiño (2021), utiliza sus propios mitos con el fin de persuadir “las actitudes de las masas y también de determinados sectores a quienes se pretenden sumar a un proyecto nacional así sea de forma cosmética o instrumental”.

En razón de todo lo anterior, al preguntarnos por el pasado y su transformación en los discursos con pretensiones historizantes, por sus usos políticos, las estrategias de comunicación política e interpelación de sujetos como los indígenas y su pasado autorizan el presente análisis crítico que revisa algunos discursos presidenciales y sus estrategias y formas de apropiación de pasajes de la historia, y su reconversión y

función en un nuevo imaginario nacional estructurador del relato político de la Cuarta Transformación.

Para ello abordamos el problema desde una aproximación metodológica fundamentada en el análisis del discurso histórico político, su invención y paradojas (Van Dijk, 1999; Pross, 1980; Klauss, 1979; Rozat, 2001; Villoro, 1979) y de su apropiación de segmentos y sentidos de la historia y de sus actores sociales, a partir de una selección de textos culturales producidos en este momento que integran un corpus abierto a la observación, concretamente: discursos presidenciales, acciones tales como la toma del bastón de mando, iconoclastia de las estatuas y la maqueta del Templo Mayor.

En este sentido, asumimos con Van Dijk (1999) que un análisis crítico del discurso estudia la manera en que a partir de los textos se ejercen, reproducen o contestan procesos de abuso, dominio o desigualdad. Así, un análisis de los discursos textuales y edificados contribuye a la develación de procesos de invención u ocultamiento de la historia. El borramiento de la historia y su reescritura en la tábula rasa de la ideología supone, como señala Rafael Rojas (2012:11-27), una revisión de los discursos por medio de los cuales se construye moralmente a los sujetos del pasado, lo que implica una reducción de la memoria ciudadana a un proyecto que se arroga para sí la reescritura de la historia.

EL NUEVO DISCURSO PRESIDENCIAL, LA NUEVA DISPUTA POR EL PASADO

La 4T, en tanto nueva era, parte de la idea de que tres transformaciones previas ocurrieron en la historia nacional mexicana, y que fueron fundamentales para el país en una larga marcha hacia las libertades con sus horizontes puntuales. Dice al respecto López Obrador:

Si definimos en pocas palabras las tres grandes transformaciones de nuestra historia, podríamos resumir que en la Independencia se luchó por abolir la esclavitud y alcanzar la soberanía nacional; en la Reforma, por el predominio del poder civil y por la restauración de la República; y en la Revolución, nuestro pueblo y sus extraordinarios dirigentes lucharon por la justicia social y la democracia. Ahora, nosotros hemos decidido convertir la honestidad y la fraternidad en forma de vida y gobierno (2019:64).

Como se puede observar, en este contexto la palabra “revolución” se minimiza para identificar los cambios sobre todo el del presente, ésta es sustituida por “transformación”, un concepto menos cargado ideológicamente y de polémicas como sucede en otros

contextos políticos iberoamericanos.² La 4T, liberadora y contestataria, a la vez que profundamente conservadora y moral, es punto de partida para la construcción de un discurso, predominantemente enunciado por el presidente, pero también desplegado en diversos dispositivos materiales y culturales de fuerte carga simbólica.

El discurso, junto con el encadenamiento de tiempos que le otorgan un sentido, teje representaciones que se alimentan y se alojan en el imaginario mexicano y latinoamericano, tales como la lucha incesante por la libertad, el antiimperialismo, la oposición a las estructuras de poder cuyos agentes, condensados en la oligarquía, se convierten en el objeto de los señalamientos y, por supuesto, en una apelación y selección de los héroes de la historia y de los sujetos preteridos y olvidados, los indígenas, los pobres, los marginados y excluidos.

En este orden del discurso, el mismo nombre con el que se presenta la 4T se legitima como continuador y motor de cambio de una historia en la que los periodos de la historia nacional se presentan, tomando una idea de Stefan Zweig (2002), como momentos estelares, todos ligados a “revoluciones” y conmociones que anuncian esta transformación histórica, respuesta a los “tiempos oscuros” ligados siempre a un enemigo necesario y a sistemas opresivos.

Esta opacidad del tiempo puede ser señalada en el esquema dicotómico de bien y mal, de los buenos y los malos. Esquema moralista a todas luces, en el que estos últimos son los causantes de las crisis nacionales frente a sus salvadores y los excluidos cuyos proyectos se han visto truncados en su alcance final. El contrapunto pone a los “buenos” como representantes de todos los actores demolidos por una historia contraria al interés nacional; apela en consecuencia a las conciencias, un periodo de reeducación y refundación de lo nacional que se construye en el presente y al que obedece por ejemplo la *Cartilla Moral* de Alfonso Reyes, reeditada e impulsada por López Obrador en 2018, quien plantea en la presentación que: “[...] nuestra propuesta para lograr el renacimiento de México busca hacer realidad el progreso con justicia y promover una manera de vivir sustentada en el amor a la familia, al prójimo, a la naturaleza, a la patria y a la humanidad” (López, en Reyes, 2018:4).

Fundado en una serie de principios rectores cuya cualidad fundamental es la distinción con un cierto pasado y la recuperación de otro, en este proyecto político es posible identificar un giro, un rescate de elementos residuales, en el sentido otorgado por Raymond Williams (1988), en pos de fortalecer una nueva hegemonía. Esa

² No obstante, la construcción, sustitución y ocultamiento de este concepto deben explicarse; no son nuevas en nuestras historias. Para una revisión de sus implicaciones, véanse Zermeño (2019) y Rojas (2012 y 2022).

distinción es no sólo política y programática, sino moral, y con ella van los sujetos “olvidados de la historia”, por ejemplo, un reconocimiento del indígena, cuestión que es preciso observar pues está sometido a un modelaje imaginario y la reinención de la tradición y mito nacionales.³

Se escribe una nueva narrativa histórica, expresada tanto en el discurso textual (oral, escrito) como edificado (signo material y huella de la dominación y de la estructura de dominación interna), cuya evidencia la vimos en dos momentos: 1) el abandono de la residencia presidencial de los Pinos, símbolo de lo que el presidente llama “mafia del poder” y de la oligarquía nacional, y su traslado paradójico, a otro centro del poder, el edificio colonial, novohispano, del Palacio de gobierno, residencia de varios presidentes, entre ellos, Benito Juárez; y 2) la construcción de una maqueta que representa un *Huey Teocalli* (Templo Mayor) majestuoso, símbolo de la grandeza de un pasado civilizatorio indígena que se trae al presente; pasado cuyo régimen de historicidad (Hartog, 2007) se alimenta de una apropiación política compleja de los tiempos y de las representaciones de lo indígena, de su invención en las sucesivas capas históricas de la nación mexicana.

En este contexto, el presidente de la República y algunos otros funcionarios replantean la historia para hacer justicia y, a la vez, para generar legitimación en el poder. Mediante los discursos edificados, se transforma el paisaje, en tanto forma cultural dirigida al asentamiento de este nuevo poder que requiere, por su radical ruptura con el pasado inmediato, de una nueva fundación. Así se cumple lo que J. Duncan planteó al afirmar que las ciudades son textos que pueden reescribirse (2004), también implica la gestación o recuperación de un nuevo lugar para el poder, un geosímbolo (Bonnemaison, 2000).

En esta narrativa fundacional el eje es moral; no se trata, como en tiempos anteriores, de enfatizar el mestizaje, la raza cósmica de Vasconcelos (1948), sino la oposición entre indígenas y blancos, entre “buenos” y “malos” que, siendo obvia, cumple sin embargo un papel político de aglutinamiento polarizador y paradójico, como sucedió con el indigenismo, el ser del indio y la conciencia cultural mexicana (Villoro, 1979). De este modo, la construcción histórica del discurso se proyecta a un origen histórico de conflicto que se ubica en la invasión y Conquista hispánica, cuya memoria y sus ruidos historiográficos de las leyendas negras y doradas se siguen reproduciendo. La cuna y fuente del “bien” se ubica en el pasado previo a la Conquista, acontecimiento que inaugura el mal y la corrupción. Lo que viene después de ese

³ Para comprender estas invenciones y mistificaciones Cfr. Florescano, 1995 y, en una dimensión general, Hobsbawm y Ranger, 1992.

momento es invisibilizado; el mestizaje no es materia para este nuevo discurso fundador de la nación regenerada.

En el esquema moral de la apropiación política, el origen del bien se remonta al mundo prehispánico, al indio mítico, despojado de transformaciones y de realidad, colocado en una atemporalidad e idealización que lo aleja de los indios vivos. Dice Roger Canals que “la entrada del indio en la historia se daría a partir del contacto con los españoles y tendría un carácter corto y doloroso, marcado por la lucha y la guerra, que terminaría con su aniquilación y que abriría sus puertas a la construcción en forma de mito nacional por medio de la memoria y la acción política” (2012:236).

Ese indio mítico, en México, es la base de la raza cósmica o la raza de bronce, producto del mestizaje (Vasconcelos, 2019). El mestizo en esta jerarquía de sujetos dejaba abajo a los otros componentes raciales de la historia. Ahora se trata de reivindicar en la lucha cultural un multiculturalismo que sin embargo entra en contradicción con el discurso prescriptivo.

Los vestigios del indio mítico, y su archivo “oculto” contentivo de reservas morales y traumas, se encuentran, intactos, en el imaginario del pueblo mexicano (lo cual da numerosas alusiones a los grupos indígenas vivos en el *Plan Nacional de Desarrollo*, pero no necesariamente se les garantizan sus derechos, ni tampoco su participación efectiva en un marco deliberativo que no pase de la teatralidad política). Así, la llegada del Movimiento Regeneración Nacional (Morena) a la Presidencia de México, creó expectativas en muchos sectores de la población, entre ellos los grupos indígenas. Sin embargo, las acciones y omisiones del gobierno los primeros dos años de su administración han minado estas expectativas y llevan incluso a la preocupación de que pueda retrocederse en el reconocimiento de algunos de los derechos que los movimientos indígenas han alcanzado por medio de sus luchas las últimas tres décadas (Pérez y Rosas, 2020:72).

De acuerdo con Yásnaya Aguilar (2021: 11 parr.) intelectual indígena, el gobierno de López Obrador sólo apoya la autonomía de los pueblos indígenas cuando le es conveniente en términos políticos:

Al parecer, el ejercicio autonómico sólo interesa cuando éste no afecta la construcción de megaproyectos estatales. Dentro de este panorama, las reivindicaciones autonómicas de los pueblos indígenas parecen, una vez más, no ser en absoluto una prioridad para el proyecto bautizado como la “cuarta transformación de la vida pública de México” que encabeza Andrés Manuel López Obrador.

En ese sentido, las líneas presentes en el *Plan Nacional de Desarrollo* (PND) 2019-2024 son más morales que políticas. En la presentación del PND actual se enuncian, a

modo de decálogo, como un marco que le confiere sentido a todo lo demás: “Honradez y honestidad; No al gobierno rico con pueblo pobre; Por el bien de todos, primero los pobres; No dejar a nadie atrás, no dejar a nadie fuera; No puede haber paz sin justicia” (PND, 2019:10-15).

Entre otros vinculantes, que le dan un sentido de justicia social a todo el PND, del que se desprenden los programas sectoriales, los de política pública y los diversos proyectos de desarrollo. Estas premisas dan pie a una inédita manera de gestionar los recursos de la nación a partir de otro hacer de la política pública (de finiquitar programas y crear otros más, así como de definir un nuevo beneficiario de éstos), de invertir los recursos para modernizar el país a partir de megaproyectos de infraestructura. Una vocación social que le da solidez moral al discurso, que resulta evidente por su urgencia y, por tanto, resulta difícil de criticar; un llamado a la austeridad, a la paz y al perdón están presentes en los discursos presidenciales.

Sin embargo, de manera paralela, aparece otra línea discursiva, fundamentalmente bajo un ropaje material, edificado. Y también en acciones específicas, contundentes, como despliegues escénicos. Esta segunda línea tiene una fuerte carga simbólica, cuyo fin parecería ser el enaltecimiento y la legitimación del gobierno actual y del proyecto de nación. El problema es que es tan fuerte el fin que la consistencia se olvida, o bien, se tiene mucha lucidez estratégica sobre los efectos que tales discursos tienen en el grueso de la población (tanto en los seguidores como en los detractores).

Las líneas argumentativas incluyen no sólo la satanización de los políticos del pasado que deben ser enjuiciados, sino que se remontan siglos atrás, a partir de una nueva narrativa de la historia, de otra versión de los hechos, o más bien, la misma, pero con otros énfasis y otros acentos que oponen radicalmente a buenos y malos. Así, cambiar estatuas, renombrar lugares emblemáticos o desplazarse de los lugares tradicionales del poder a otros; reconstruir el Templo Mayor en maqueta toman un sentido claro, profundamente ideológico en el esquema de un nuevo “Mexico grande” reedificado sobre las ruinas de la historia, haciendo justicia a su reconstrucción en el tiempo presente de la Cuarta Transformación.

LOS PASADOS QUE NO PASAN: EL ETERNO INDIO MÍTICO Y SU BONDAD INTRÍNSECA

Las relaciones con el pasado implican una relación de conexión temporal. El pasado, como se sabe, cobra su significación en un presente que lo interroga y produce sentidos en los marcos de la sociedad. Una arqueología de los sucesivos discursos políticos podría mostrar directa o analógicamente cómo se apoyan en el discurso histórico o se lo apropian distorsionándolo o instrumentalizándolo. No obstante, si bien estudiarlo

excede los límites otorgados para este estudio, estará presente esta dimensión de los estratos de tiempos, como diría Koselleck (2017), en cuya diacronicidad y sincronicidad se tejen estructuras profundas de los imaginarios sociales y políticos, esto en su triple dimensión de espacios, tiempos y actores.

La historia tiene la función política de regular memoria y olvido (de trastocarlos, invertirlos, resignificarlos); construir o reivindicar identidades, así como generar proyectos de futuro (Gallerano, 2007:90). También puede alimentar las retóricas políticas o la proyección de un poder que se nutre de los ejemplos históricos. En su fase más compleja y digna de estudio, la mistificación de ciertas historias produce un sentido de cambio de su narración y de reconversión de ésta en un esfuerzo operativo de tipo instrumental, conexión directa entre la voz del líder y las masas a partir de la historia, mediante de ritos ligados a fechas y acontecimientos patrios.

A partir de Gallerano, es importante situar este discurso no en comunidades científicas del ámbito de la historia ni en el ámbito privado, sino en el público, en la audiencia que se dispone para la recepción expectante del líder y su agitación retórica, donde política y masas se comunican o, al menos, se produce una comunicación en la que la puesta en escena desempeña un papel central, como vemos en las alocuciones presidenciales de carácter informativo, pero también, del discurso prescriptivo y valorativo (Klaus, 1979). Llamadas “las mañaneras”, estas alocuciones apoyadas en el inicio del día, representan un término significativo para inaugurar sostenidamente un tiempo en constante reelaboración, tiempo de construcción que se manifiesta material y representacionalmente en el espacio público, en el mundo de la cotidianidad. Se entiende entonces que:

[...] el uso público de la historia no es una práctica a rechazar o a demonizar desde el prejuicio; puede ser un terreno de confrontación y de conflicto que implica el compromiso activo de los ciudadanos, y no sólo de los especialistas, en torno a temas esenciales; puede revelar desgarros profundos y heridas de la memoria y volverlas a sacar a la luz; por otra parte, puede ser una forma de manipulación, que establece analogías desviadoras y aplasta en el presente profundidades y complejidades del pasado (Gallerano, 2007:88).

En esta tarea, el político también es historiador, toda vez que hay una estrategia comunicativa en el uso público de la historia. Los caminos de su discurso se bifurcan sin apartarse de una función prescriptiva o moral, incluso de una secularidad sospechosa vestida de teología política, del desgarramiento histórico de las víctimas de la historia que deben ser salvadas. Es aquí donde la pedagogía de las masas y el mensaje de un proyecto se aloja y modifica en y las actitudes sociales y, el líder, construye su *status* y dominio.

En su afán de ruptura con el pasado, de cara a inaugurar una nueva etapa de la historia, los discursos políticamente intencionados, entre éstos el de la 4T, establecen diferencias con respecto a personajes, maneras de hacer las cosas de sexenios de la historia política mexicana moderna y los propios usos de la historia (O’Gorman, 2019; Mudrovic y Rabolnikoft, 2013; González de Alba, 2010,) previos a la llegada de Morena (la separación temporal con los otros pasados edificantes y ejemplares de la nación son importantes para la reconexión del proyecto de Morena enfocado en la idea de la *potentia* y *dynamis* transformadora de la conexión líder-voluntad general). La legitimación del decir sobre el pasado no se ubica en el trabajo del historiador profesional sino en el juego entre el prescriptor y el receptor ajustado a fines: “El lenguaje del agitador y del político intentan constantemente no sólo ganar la atención del lector sino también influir sobre sus sentimientos” (Klaus, 1979:350).

En tal contexto, un estudio que se proponga mostrar las estrategias de los discursos políticos en relación con el carácter instrumental que para el agitador político tiene la historia es un desafío para los historiadores.

Ciertamente ante los desvíos que toman los usos del pasado no hay un historiador o un científico social neutral, pero sí se requiere un mínimo de objetividad. Por un lado, los retos epistemológicos, políticos, el rigor conceptual, empírico (Tenorio, 1999:221-230), o el recurso a la validación de las pruebas, así como, por otro, la revisión de las operaciones narrativas, de la retórica y de la necesidad de documentar las bases de la búsqueda de la verdad, así se modifique ésta continuamente en la investigación (Ginzburg, 2018:9-11).

Las prácticas puestas en marcha junto a las operaciones discursivas hunden sus raíces en varios periodos de la historia nacional. Entre éstos: el mundo indígena previo a la Conquista, la Conquista en sí y la Colonia como sistema cultural que debe ser rechazado por cuanto significó un borrado del mundo indígena, discurso que uniformiza ese pasado aplanado y sin conflictos sólo alterado y destruido en la “invasión”.

La revisión del pasado en el discurso político remite a un orden prehispánico, nostálgico y enaltecido. Un discurso de esta naturaleza que interpela emociones y, por tanto, deviene discurso moralista de la historia mostrándose como crítico, pero a su vez idealizador, transforma en efecto el sentido de la escritura de la historia y reabre marcas y traumas no para superarlos, sino para mostrarlos, suspendiendo la tarea de la historia y el historiador que ve cómo la política disuelve las objetivaciones y las desplaza a un magma de la *doxa*, de opiniones centradas no en un acercamiento a la verdad, sino a su construcción como posverdad, campos en disputa de su escritura y sus representaciones. Como señala Guy Rozat, la representación del indio sigue postergada inquietantemente en el imaginario: “La construcción de la figura del Indio en el sistema identitario

mexicano, objeto desde hace dos siglos de una infinidad de discursos, que están lejos de haber esclarecido las relaciones entre el Indio y la Nación, sigue tan ambigua como al empezar el periodo independiente” (1996:11).

Por su parte, Luis Villoro (1979) plantea el tema de “la conciencia escindida”, categoría que ayuda a someter a crítica todo intento por arrogarse el decir y (re) escribir la historia de los otros. En la narración que sostiene los proyectos nacionales la tarea del reconocimiento no supera la dimensión retórica, la presencia del indio se reduce a una suerte de patrimonialización del pasado que se muestra cercano, pero el indio real, concreto, está ausente, el presente de esos otros, de las etnias, sigue sin ser escuchado, son pues lejanos. Los usos de los tiempos importan. “El indígena del pasado se ha convertido en una serie de objetos, de cosas muertas ante nosotros. Y el objeto toma fácilmente el aspecto de un haber, de una posesión que podemos utilizar en cualquier momento a nuestro antojo” (Villoro, 1979:214).

Pero este indio objeto, sacralizado en las apropiaciones del pasado pierde consistencia en el presente. ¿Cómo recuperar su presencia?, ¿son realmente escuchados y atendidos en sus demandas sociales?

En este caso, hay un fuerte uso de elementos residuales que, por su naturaleza, se oponen a lo arcaico, puesto que su fuerza sigue viva y activa, capaz de moldear, desde sus vestigios pasados, nuevos procesos culturales (Williams, 1988). A veces lo residual puede oponerse a lo dominante; en este caso, desde los márgenes paradójicamente hegemónicos. Lo dominante, para el poder político, se ubica en el pasado inmediato, al que se debe combatir. Utilizar lo residual implica gestar una versión de la historia para fundar el futuro de la nación. Un futuro que sólo será a partir de una regeneración moral. La 4T trae consigo al “ser humano nuevo” o al menos esto pretende, un recurso que recuerda al viejo discurso comunista y religioso redentor del “hombre nuevo”. Esto trae consigo un gran riesgo, toda vez que: El concepto de progreso moral es problemático, sobre todo porque existe una idea (falsa y falaz) del mismo que a menudo ha permitido promover en su nombre la barbarie: la idea de que los hombres actuales somos superiores en términos morales a nuestros antepasados.

Es una idea falsa porque la evidencia empírica que ha puesto a nuestra disposición la antropología sugiere que todos los hombres estamos hechos de la misma pasta moral, que tenemos los mismos defectos y debilidades en ese terreno. Y es una idea falaz porque el argumento de la superioridad moral (de unas épocas sobre otras, de unas religiones sobre otras, de unas razas o clases sobre otras razas o clases, de los opresores sobre los oprimidos o de los oprimidos sobre los opresores, de los colonos sobre los indígenas o de los indígenas sobre los colonos y, en general, de “nosotros” sobre nuestros enemigos) ha servido en todo tiempo y lugar para justificar las mayores atrocidades, al reducir el “progreso moral” a la victoria (que deberá ocurrir históricamente) de los

superiores sobre los inferiores o, de modo más breve, de los nuestros sobre los demás (Pardo, 2018:35).

Hay pasados que no pasan, como señala Nolte, en su célebre debate con Habermas y otros historiadores alemanes.⁴ En este sentido, los usos implican tareas pedagógicas, cuya pregunta se traslada un poco más acá, se sitúa en el espacio de las prácticas, en la intencionalidad de los programas de estudio en torno a qué conviene enseñar en las historias nacionales tan cargadas de heridas y traumas porque los hechos y los acontecimientos siguen activos en la memoria, pero, además, porque sirven para reconocer al vencido y a la víctima cuyo reclamo es justo. Pero también, puede terminar en una desviación modeladora de conductas que no responden a una ética del conocimiento y operación historiográfica de la historia y la disipación de los olvidos con funciones sociales, sino a su instrumentalización o uso “cosmético” y de oportunidad en torno a un proyecto ideológico cada vez más lejano de los indios concretos.

En este desvío que usa el pasado, la función es avivar la llama del resentimiento histórico hacia los vencedores o hacia la historia oficial o académica —a veces alejada de la vida concreta de las sociedades y su vida cultural, como también, separada de la función social que no es, como se sabe, ponerse al servicio de una ideología o un partido. La escritura y el discurso aquí no trata de construir una verdad apegada a una recuperación de los vencidos, sino a disputar las zonas de fantasmas historiográficos sobre los que ya llamaba la atención Edmundo O’Gorman y que en manos de los políticos toma una producción de sentido cuyas consecuencias en la sociedad aún no podemos medir (O’Gorman, 2019).

EL PODER DE LO SIMBÓLICO, ¿PARA LEGITIMAR?

EL CASO DE VOX Y EL PRESIDENTE TLATOANI

El poder simbólico, según Pross (1980), implica un ejercicio del poder que no se define en torno a la violencia, sino que es una forma de poder que parte de, y produce, símbolos, signos cuyo vehículo es la comunicación de masas, el uso de las tecnologías de información con alcances que van más allá del emplazamiento de la plaza para mítines. “La realidad de los signos es la realidad de las relaciones sociales” (Pross, 1980:23), pero la implicación entre el mundo de los objetos, el signo en sí y la “conciencia interpretante”, abre campo al símbolo y su poder de construcción de un mundo o de

⁴ Para acceder al debate, véanse Nolte (2007) y Habermas, Nolte y Mann (2012).

una visión del mundo (Pross, 1980:23). Los símbolos “expresan algo conceptual, tienen una función designadora” (Pross, 1980:23).

En el caso que nos ocupa, los signos y los objetos, así como la conciencia interpretante que da peso específico a los mensajes diseminados, es decir, el ámbito del símbolo, implica dotar de una base sintética de interpretación un determinado campo. En tal orden, el discurso se vale de signos y símbolos para expresar un proyecto político; Juárez, por ejemplo, simboliza la virtud política, el indio (primer presidente en una república de criollos), la pureza y el sujeto a redimir en el ajuste de cuentas con la historia y con los procesos históricos que han segregado a los pueblos originarios.

El poder político se asocia con el poder simbólico que tiene el propio discurso de la historia y sus funciones de identidad, prescripción en tanto que *historia magistra lectio*. En esa asociación legitima su emergencia política y su poder de aglutinamiento al manipular sus principios o construir polarizaciones cuyo signo visible vemos en las modificaciones a los bienes patrimoniales cargados de significación histórica y alterados por un cuestionamiento de orden moral que se explica en una emergencia de símbolos que expresan las luchas por el reconocimiento.

Andrés Manuel López Obrador, en su libro *Hacia una economía moral* (2019), afirma que:

Apenas desembarcó en Veracruz, el conquistador Hernán Cortés, sin ningún fundamento legal, se autoproclamó alcalde y jefe del ejército invasor. Décadas después, uno de sus soldados, el famoso historiador Bernal Díaz del Castillo, denunció que el reparto del tesoro de Moctezuma se verificó de manera irregular, porque antes de la distribución ‘faltaba la tercera parte de ello, lo tomaban y lo escondían, así por parte de Cortés como de los capitanes y otros que no se sabía, y se iba menoscabando (López, 2019:25).

Este es el inicio de la historia de la corrupción en México, que llega hasta nuestros días; es la historia de los saqueadores y de aquellos que han sido saqueados. Esta imagen del conquistador corrupto y malvado no se queda aquí. En 2019, López Obrador envió tanto al rey de España como al papa Francisco, cartas en las que solicita que ambos pidan perdón a los pueblos originarios de nuestro país por los abusos infringidos hace 500 años. López Obrador afirmó: “Envié una carta al rey de España y otra carta al papa para que se haga un relato de agravios y se pida perdón a los pueblos originarios por las violaciones a lo que ahora se conoce como derechos humanos. Hubo matanzas, imposiciones. La llamada Conquista se hizo con la espada y con la cruz” (*BBC Mundo*, 2019).

La respuesta del gobierno español fue de total rechazo: “La llegada, hace 500 años, de los españoles a las actuales tierras mexicanas no puede juzgarse a la luz de consideraciones contemporáneas” (*BBC Mundo*, 2019).

Y continúa: “Nuestros pueblos hermanos han sabido siempre leer nuestro pasado compartido sin ira y con una perspectiva constructiva, como pueblos libres con una herencia común y una proyección extraordinaria” (*BBC Mundo*, 2019).

En ese mismo contexto de políticas de perdón, en septiembre de 2021, en un viaje presidencial al norte del país, en Vícam, Sonora, López Obrador se dirigió a los pueblos yaquis y les pidió perdón por los abusos del Estado en tiempos de Porfirio Díaz.⁵ En esa ocasión afirmó:

El Estado mexicano no debe permitir nunca más la marginación, el abuso y las injusticias en contra de los yaquis ni de ningún otro grupo étnico o cultural de nuestro país. Por ello, ahora vinimos a refrendar nuestro compromiso de hacer justicia a los pueblos yaquis. Primero deseamos ofrecerles perdón por los crímenes de Estado que se cometieron contra sus antepasados, sobre todo, durante el porfiriato, aunque no sólo durante esa dictadura (*Capital 21*, 2021, 2º parr.).

Para Hurtado:

[...] el cambio más importante es que el régimen adoptó como suya la causa del desagravio histórico de los pueblos indígenas. Esta bandera distingue la política de la historia y la memoria del régimen de los anteriores. Se le exigió a España y al Vaticano que se disculparan por los crímenes realizados durante la Conquista y el presidente les ha pedido perdón a los pueblos indígenas por las atrocidades cometidas después de la Independencia. Es probable que con este activismo el régimen pretenda arrebatarse al movimiento neozapatista la defensa de los reclamos históricos de las comunidades indígenas (Hurtado, 2021:174).

En la misma línea se ha dado la confrontación con el partido español de ultraderecha, Vox, que el 13 de agosto de 2021 se congratuló de que Tenochtitlán se hubiera rendido ante las tropas de Hernán Cortés, y que ha criticado abiertamente al presidente mexicano de proteger a delincuentes. López Obrador califica a los integrantes del mismo de clasistas, autoritarios, racistas y corruptos: “Es clasista, racista,

⁵ En el imaginario global y en el discurso político, el perdón se ha convertido en una práctica pública en la que instituciones y representantes del Estado manifiestan responsabilidades en torno a los actos de abuso y de violencia hechos en el pasado.

que están a favor de la discriminación y además otra cosa, son muy corruptos porque todo ese pensamiento, le sirve para robar, conservadurismo es sinónimo de corrupción, porque es un pensamiento muy individualista, porque lo importante es el dinero” (*Expansión Política*, 2021).

Como una expresión más del *leitmotiv* eje de la 4T, y dejando al lado las cuestionables posturas políticas de Vox, López Obrador vuelve a hacer equivalentes españoles y corruptos, igual que lo hizo al narrar la historia de corrupción de Hernán Cortés; cabe destacar que la corrupción, y no las posturas de Vox en contra de la equidad de género, la inclusión o la democracia, son el blanco para atacar. La historia es portadora de ruidos.

A modo de refuerzo discursivo y consistente, que cobra sentido como antecedente y telón de fondo de los sucesos recién mencionados, el 1 de diciembre de 2018, López Obrador recibió el “bastón de mando” por parte de los 68 grupos indígenas de México, con el cual fue nombrado gobernante de las comunidades originarias. De este modo, fue legitimado como Tlatoani. Ahora se sabe que, más que una ceremonia genuina, fue una puesta en escena, al margen de los representantes de pueblos originarios, coordinada por la senadora Jesusa Rodríguez, en un intento de legitimar el poder político de López Obrador y de generar consistencia con la nueva narrativa histórica. Así, Ortega afirma que: “AMLO sabe historia, pero apegada al relato de nación oficial para el que México es una nación milenaria que murió en la Conquista, estuvo tres siglos esclavizada y resucitó en la Independencia” (2020:85).

Más aún, “Tras la Independencia, el nuevo Estado se nombró Imperio mexicano y se imaginó como la nación mexicana resucitada, poniendo a los aztecas en el centro del ser nacional” (2020: 86).

López Obrador no es el primero en idealizar y enaltecer al pueblo mexicano, ni tampoco en legitimarse como heredero o representante de los pueblos descendientes de la verdadera mexicanidad. Adolfo López Mateos, Luis Echeverría, José López Portillo, Carlos Salinas de Gortari, e incluso Luis Donaldo Colosio, recibieron un bastón de mando. Esta vez, sin embargo, López Obrador ha seguido esa línea discursiva para erigir una estructura moralizante, maniquea, que parte de un pasado común para arremeter contra todo el origen del mal y de la corrupción.

ESTATUAS, RUINAS E ICONOCLASTIA EN EL ESPACIO PÚBLICO

De acuerdo con Guillermo Hurtado, “el lopezobradorismo ha dado pasos para instaurar una nueva política de la historia y la memoria” (2021:174). El discurso dirigido a solicitar al gobierno español y al papa la petición de perdón a los pueblos indígenas de

México gestó la atmósfera pública para generar cambios en el paisaje de la Ciudad de México, y en particular para remover las estatuas.

El desplazamiento de los confines de la memoria se da a partir de la condena de un pasado colonial. El espacio público se convierte en un espacio de batalla que embona en el discurso presidencial, en el que se hace una manipulación política del pasado. Éste es, sin duda, mítico, simplificado, polarizado, centrado en anécdotas, en monumentos que son condensaciones simbólicas de una historia que se cuenta de un cierto modo. Y en estos discursos, textuales o edificados, hay silencios y vacíos, énfasis y ausencias. Se trata de romper con estructuras que representan cierto pasado y sustituirlas por otras. En esa línea, el árbol de la noche triste se vuelve por inversión el árbol de la noche victoriosa.

El caso de la maqueta, por ejemplo, es significativo. Para conmemorar los 500 años de la Resistencia Indígena, y de la caída de Tenochtitlán, se construyó una maqueta monumental, de 35% del tamaño de la original, que estuvo del 13 de agosto al 1 de septiembre de 2021, en el Zócalo de la Ciudad de México. Se llevaron a cabo “Noches de memoria luminosa”, con proyecciones de *videomapping* en los muros de la maqueta. El espectáculo recibió muchas críticas porque en el sexenio se ha recortado hasta 75% del presupuesto para conservación del patrimonio arqueológico, y porque el Templo Mayor real, original, está descuidado y dañado (*Expansión política*, 2021). Es necesario añadir, la maqueta alude y se asocia con el indio mítico, así como también con un geosímbolo de invención imaginaria. Al remitirse a los tiempos prehispánicos, permanece desconectada del todo con la situación real, las expresiones culturales, los derechos y las prácticas socioculturales de los pueblos originarios actuales.

El 10 de octubre de 2020 se removió la estatua de Cristóbal Colón ubicada en Paseo de la Reforma y Versalles. La jefa de gobierno, Claudia Sheinbaum anunció que en su lugar se colocará la reproducción de una escultura de una mujer indígena que adornará este espacio. *La joven de Amajac*, una escultura descubierta en enero de 2021 en la huasteca veracruzana, que pertenece al periodo posclásico tardío (1450-1521 d.C) y que actualmente se expone en el Museo de Antropología, será la que represente a los pueblos indígenas del país en lugar del pasado colonialista (Rodríguez, 2021, 6º parr.).

Sheinbaum afirmó, el 12 de octubre de 2021 (Día de la Raza) que: “colocar a una mujer y en particular, a una indígena en este lugar implica replantear la mirada histórica. La única manera de reconocer la riqueza es lo que va a sacar de la mente de los mexicanos el clasismo y racismo que permea en esta versión histórica” (Rodríguez, 2021, 2º parr.).

En un principio, la estatua de Colón, retirada por una supuesta remodelación, iba a ser sustituida por la escultura de Pedro Reyes, *Tlali*, que finalmente fue rechazada por haber sido esculpida por un varón y por no haber consultado a los pueblos originarios de dicha decisión.

CONCLUSIONES

LA ESTRATEGIA COMUNICATIVA DE LA 4T Y LOS USOS DEL PASADO

Rubén Aguilar Valenzuela retoma al historiador Guillermo Zermeño para afirmar que, al asumir la historia como tribunal, a la vez que se juzga y se moraliza, se aspira a dejar huella, a hacer historia y a pasar a la historia. Esta concepción tiene derivaciones que “pueden advertirse en la actualidad del mundo de la política y la opinión pública. No faltan ni han faltado políticos y jefes de Estado que aspiran a *hacer* la historia y a *pasar* a la ‘historia’; que ambicionan dejar huella, llenarse de gloria y pasar a la inmortalidad de los anales del futuro” (Aguilar, 2021).

En ese sentido, la Historia está por hacerse y, por lo tanto, es proyecto de futuro. Como hemos dicho, las anteriores revoluciones son antesala de esta última: “son sólo anuncios y en todo caso antecedentes del futuro glorioso que será el fin de la historia. El presente no vale por sí mismo y cobra sentido sólo en la realización de lo que viene” (Aguilar, 2021).

La meta, el fin, configuran los márgenes de la historia, los silencios y los olvidos, las simplificaciones y los juicios de valor apresurados. El fin justifica el medio. No obstante, como señala Nolte, es necesario el hecho de que: “el pasado ha de ser comprendido cada vez más en toda su complejidad, que se distinguen con creciente claridad las diferentes conexiones, que se corrigen las imágenes en blanco y negro de los contemporáneos combatientes, que las interpretaciones anteriores son objeto de revisión” (Nolte, 2007:73).

Parecería que, en la historia que ahora se cuenta, lo relevante de los pueblos originarios no son ellos ni lo que representan en sí mismos, sino su uso mistificado para edificar un programa de regeneración, basado en un sistema moralizador que sólo funciona en la medida en que opone víctimas y victimarios, que coloca en el centro el hecho mismo del trauma, y como eje de sentido de la nueva nación. Se trata de uno de los pilares de la estrategia comunicativa de la Cuarta Transformación, a saber, oponer a los descendientes de aquellos personajes históricos y míticos, enfrentados con la historia que alteró su historia, recreación sistemática del pasado que no pasa y sin embargo se transforma con arreglo a fines. En esta narración no parece haber salida posible, toda vez que no hay perdón, ni hay reconciliación; tampoco hay una verdadera reivindicación de los pueblos vivos, ni una complejización de aquello que se llama pueblo (bueno, honesto, noble). De ahí que, paradójicamente, su uso político sea eficaz en la agitación de las masas.

Finalmente, en estas suertes de relaciones con el pasado, cabe volver a leer a Villoro, en su abordajes sobre lo indígena, las etnias, en toda su polifonía, y el tema del indigenismo, se abren relaciones de dialéctica, materialidad social y trascendencia.

Envuelta en paradojas, la relación supone una revisión de la historia, una “recuperación social” del indígena y “una historia del futuro”. El indio integra la historia, pero ¿qué historia? El indigenismo y su riqueza de reflexiones y prejuicios permitió una emergencia, una fisura en las historias nacionales, heredó “la conciencia de la escisión de la propia realidad” (Villoro, 1979:192). El otro es también parte de una historia que debe revisarse una y otra vez a contrapelo de las historias oficiales y de los usos discursivos del pasado que se ajustan a proyectos políticos como el de la 4T, que operan por inversiones de significaciones y construcción de sentidos nuevos de interpretación de los símbolos que organizan las miradas, los mundos sociales y hasta las emociones. El reto de este proyecto político es dejar hablar a los otros, invertir las relaciones de poder y abrir, no prescribir, espacios para una nueva convivencia política más justa que sume e integre pasados.

REFERENCIAS

- Aguilar Gil, Y.E. (2021). “La autonomía de los pueblos indígenas y el gobierno de AMLO”, *Nacla*, 5 de junio <<https://nacla.org/mexico-autonomia-indigena-amlo>>.
- Aguilar Valenzuela, R. (2021). “La historia como tribunal de justicia”, *Nexos*, México, 10 de marzo.
- BBC News Mundo* (2019). “AMLO solicita por carta al rey de España y al Papa que pidan perdón por la Conquista de México”, *BBC News Mundo*, 25 de marzo <<https://www.bbc.com/mundo/noticias-america-latina-47701387>>.
- Bonnemaison, J. (2000). *La géographie culturelle*. París: Éditions du Comité des Travaux Historiques et Scientifiques.
- Canals, R. (2012). “Del indio mítico al mito indígena: la representación de la corte india en el culto a María Lionza y el socialismo del siglo XXI”, en G. Orbitg y G. Cetgueta (coords.), *Autocronía, poder local y espacio frente a la noción de ciudadanía*. Barcelona: Universitat de Barcelona, pp. 225-258.
- Capital 21* (2021). “Presidente AMLO se disculpa con pueblos yaquis; presenta avances del plan de justicia”, *Capital 21*, México, 28 de septiembre <<https://www.capital21.cdmx.gob.mx/noticias/?p=27103>>.
- Cruz, R. (2018). “La complicada (y no tan novedosa) historia de la ceremonia del Bastón de Mando”, México, 3 de diciembre, *Plumas Atómicas* <<https://plumasatomicas.com/explicandolanoticia/la-complicada-y-no-tan-novedosa-historia-de-la-ceremonia-del-baston-de-mando/>>.
- Duncan, J. (2004). *The city as text: the politics of landscape interpretation in the Kandyian Kingdom*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Expansión Política* (2021). “López Obrador: líder de Vox es bienvenido a México aunque sea opositor” *Expansión Política*, México, 6 de septiembre <<https://politica.expansion.mx/presidencia/2021/09/06/lopez-obrador-lider-de-vox-es-bienvenido-a-mexico-aunque-sea-opositor>>.

- Ferrater Mora, J. (2001). *Diccionario de filosofía*. Barcelona: Ariel.
- Florescano, E. (comp.) (1995). *Mitos mexicanos*. México: Aguilar.
- Gallerano, N. (2007). “Historia y uso público de la historia”, *Pasajes. Revista de pensamiento contemporáneo*, núm. 24, pp. 87-97.
- Gamiño, R. (2021). “Estatuas y monumentos de la 4T”, *Expansión Política*, 23 de septiembre <<https://politica.expansion.mx/voces/2021/09/22/estatuas-y-monumentos-de-la-4t-columna-invitada>>.
- Ginzburg, C. (2018). *Relaciones de fuerza. Historia, retórica, prueba*. México: Editorial Contrahistorias.
- González de Alba, L. (2010). *Las mentiras de mis maestros*. México: Ediciones Cal y Arena.
- Habermas, J., E. Nolte y T. Mann (2012). *Hermano Hitler, el debate de los historiadores*. México: Herder.
- Hartog, F. (2007). *Regímenes de historicidad. Presentismo y experiencia del tiempo*. México: Universidad Iberoamericana.
- Hobsbawm, E. y T. Ranger (eds.) (1992). *The Invention of Tradition*. Gran Bretaña: Cambridge University Press.
- Hurtado, G. (2021). “Ideología e historicidad en el lopezobradorismo”, en G. Hurtado y J.A. Torres (coords.), *Ensayos filosóficos sobre la Cuarta Transformación de México*. México: Editorial Torres Asociados, pp. 167-188.
- Klaus, G. (1979). *El lenguaje de los políticos*. Barcelona: Anagrama.
- Koselleck, R. (2017). *Estratos del tiempo. Estudios sobre historia*. Barcelona: Paidós.
- López Obrador, A.M. (2019). *Hacia una economía moral*. México: Planeta.
- México Desconocido* (2021). “Todo lo que necesitas saber de la maqueta del Templo Mayor que está en el Zócalo de la CDMX”, *México Desconocido*, México, 11 de agosto <<https://www.mexicodesconocido.com.mx/maqueta-del-templo-mayor-que-esta-en-el-zocalo-de-la-ciudad-de-mexico.html>>.
- Mudrovic, M.I y N. Rabotnikof (coords.) (2013). *En busca del pasado perdido. temporalidad, historia y memoria*. México: UNAM/Siglo XXI Editores.
- Nolte, E. (2007). “Un pasado que no quiere pasar. Una conferencia que, ya escrita, no pudo ser pronunciada”, *Pasajes. Revista de pensamiento contemporáneo*, núm. 24, pp. 71-75.
- O’Gorman, E. (2019). “Fantasmas en la narrativa historiográfica”, *Históricas Digital*, México, Instituto de Investigaciones Históricas <https://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/482/482_04_08_FantasmasNarrativa.pdf>.
- Ortega Sánchez, J.M. (2020). “AMLO; de presidente a Tlatoani, el show debe continuar”, *Cuadernos de Pensamiento Político*, julio-septiembre <<https://www.revistas culturales.com/xrevistas/PDF/103/2093.pdf>>.
- Pardo, J.L. (2018). “El insensato furor del resentimiento”, *Letras Libres*, núm. 34, febrero pp. 34-37.
- Pérez Ortiz, L.A. y M. Rosas García (2020). “Los usos y costumbres en la Cuarta Transformación”, *Crítica y Resistencia. Revista de Conflictos Sociales Latinoamericanos*, núm. 11, diciembre-mayo, dossier.

- Pross, H. (1980). *Estructura simbólica del poder. Teoría y práctica de la comunicación política*. Barcelona: Gustavo Gili.
- Rodríguez, D. (2021). “Ciudad de México elige la escultura prehispánica de una mujer para sustituir definitivamente a Colón en Paseo de la Reforma”, *El País*, 12 de octubre <<https://elpais.com/mexico/2021-10-12/ciudad-de-mexico-elige-la-escultura-prehispanica-de-una-mujer-para-sustituir-definitivamente-a-colon-en-paseo-de-la-reforma.html>>.
- Rojas, R. (2012). *La máquina del olvido. Mito, historia y poder en Cuba*. México: Taurus.
- Rojas, R. (2022). *La epopeya del sentido. Ensayos sobre el concepto de Revolución en México. 1910-1940*. Ciudad de México: El Colegio de México.
- Rozat, G. (2001). *Los orígenes de la nación, pasado indígena e historia nacional*. México: Universidad Iberoamericana.
- Tenorio Trillo, M. (1999). *Argucias de la Historia*. México: Paidós.
- Vasconcelos, J. (1948). *La raza cósmica. Misión de la raza Iberoamericana*. Colección Austral. México: Editorial Espasa-Calpe, 2019.
- Villoro, L. (1979). *Los grandes momentos del indigenismo en México*. México: Ediciones de la Casa Chata.
- Williams, R. (1988). *Marxismo y literatura*. Barcelona: Península.
- Zermeño, G. (2019). “La revolución en México vista desde la historia conceptual”, en F. Wasserman (coord.), *El mundo en movimiento: el concepto de revolución en Iberoamérica y el Atlántico norte (siglos XVII-XX)*. Buenos Aires: Miño y Dávila Editores, pp. 245-274.
- Zweig, S. (2002). *Momentos estelares de la humanidad*. Barcelona: Acantilado.



ÁNGEL VALLARTA | *Canto de sirenas*

Publicada en *Argumentos*, núm. 93, año 2020.